

combatir por el progreso humano, como sus padres combatieron por la patria española?

Estos grandes desbordamientos nacionales, estos sangrientos choques, son como los desbordamientos de los ríos y como el choque del barreno contra la montaña: terribles en su forma, pero grandiosos en su fin, porque fecundan la tierra y dilatan el horizonte.



EXPLOTACIÓN DE NIÑOS.

PARA D. ALBERTO AGUILERA.

Obligación es de los grandes favorecer á los pequeños. De ahí que yo me dirija á V. E.; porque V. E., á más de ser grande por la talla, tiene el corazón á la talla proporcionado.

Estas son mis noticias, y si V. E. quiere confirmarlas con hechos, ocasión tiene que ni de molde. Quisiera yo, y perdone V. E. la molestia que le produzco, que V. E., dando esquinazo, por media hora, á los majaderos que en su despacho le adulan y cortesanean, tomase un cochecito, aunque fuera

de punto (no es mi ánimo cansar á las ballerías oficiales), y una vez dentro de él hiciera rumbo al teatro Moderno, calle de la Libertad, una calle que siempre anda á puñetazos con su nombre; en esa calle vive *La Epoca*, y un poco más arriba, en el teatro, han plantado sus reales unos secuestradores de niños.

Acaso lo sean sin darse cuenta clara de que lo son; pero es lo cierto que secuestradores resultan.

Secuestradores, señor gobernador de Madrid, secuestradores: ni me vuelvo atrás, ni pongo dinero por la denuncia, como acostumbra algunos, ni rehuyo sus consecuencias personales, como hacen y han hecho otros que llevan el valor en la lengua y la conciencia de sus actos en los tacones de las botas; secuestradores, más penables que los que andan por los caminos á vueltas con la Guardia civil; aquéllos, los de manta al hombro, pistola al cinto y escopeta al brazo, secuestran hombres para quitarles su oro, y

éstos secuestran criaturas para estafarles su niñez; el primer delito consiste en robar á un sér humano su parte de propietario; el segundo en robarle su parte de ángel. Ya ve V. E. que no hay paridad.

La existencia sólo tiene un pedazo feliz; la infancia; pobres y ricos gozan de ella; porque el niño ni repara en trajes, ni en metales, ni en posiciones; juega y ríe, no tiene otra cosa que hacer; una madre que le acaricie, un compañero con quien tirarse de los pelos y un sol que se deshaga en rayos sobre su cabeza mientras sus labios se deshaceu en risas sobre su cara... ¿Para qué más?... ¿Juguetes?... De cualquier cosa sale uno... Hasta del fango del arroyo hacen los muchachos juguetes.

¡Qué edad tan hermosa, Excmo. Sr.!... ¿No recuerda V. E. cuando sus hijas, que hoy son dos mujeres, muy guapas por cierto, jugaban por los paseos del Retiro, de la Castellana, por los jardinillos de la Moncloa ó del Campo del Moro?... Sin preocupaciones, sin

trabajos, con libertad de alma y cuerpo, correteaban ellas con otras chiquillas y chiquillos, y estoy seguro de que V. E., al contemplarlas sin más oficio ni más deseo que divertirse, gritaba hacia dentro: «¡Que se diviertan, que se diviertan mucho; bastante les queda que sufrir!»

Pues bien, los niños del teatro Moderno no se divierten, divierten; no ríen, hacen reír; no cantan para ellos, cantan para el público que tiene el mal gusto de aplaudirles, en lugar de llorar por ellos como se llora los desdichados. Esos niños, que tienen ocho, diez, doce años á lo sumo, no utilizan sus ojos para mirar al cielo con descaro sublime, sino para hacer guiños picarescos de charrán ó de hembra corrida; no abren su boca con risa franca, la rasgan con chulesco mohín; no lanzan por ella gritos incoherentes, frases candorosas, sino suspiros de á tanto el segundo y chistes de teatros por horas; no mueven su cuerpo con movimientos libres de chiquillo en asueto, sino con libertino

compás ó con repugnante coquetería; no alzan pies y piernas para correr por los jardines públicos respirando oxígeno y tragando sol, sino para danzar entre arbolillos de cartón y ahogarse en una atmósfera viciada y exhibirse á la luz de las candilejas eléctricas. No es el padre, no es el hermano, no es el compañero de juegos quien mete en su alma afectos puros, sentimientos nobles, ideas generosas, los primeros equipajes de la existencia; es un apuntador quien arroja por su oído adentro pasiones, vicios, impurezas y maldades humanas, lo que se coge luego, cuando avanzan los años y se entenebrecen los recuerdos de la niñez... ¡Qué horrible es todo esto, señor gobernador de Madrid! Cuando las demás criaturas duermen, éstas *representan* sobre un escenario; cuando las otras van á paseo, éstas van al ensayo; cuando las primeras escuchan el canto de los pájaros, las segundas, no las últimas, porque éstas son las últimas, escuchan las advertencias del traspunte; cuando las otras ganan

su pan con sus risas, éstas ganan el pan suyo con las risas de los demás. Mientras aquéllas acarician á su padre, éstas enriquecen al empresario... Qué contraste, ¿eh?

Pues hay más... Nosotros, los que hemos sido niños, empezamos á conquistar la vida á los 20 años; cuando éstos, que no han sido niños jamás, los cumplan, ya no podrán conquistar nada... Serán un sobrante, un girón de humanidad perdido para todo... dieron lo suyo antes de tiempo y llegarán estrujados á los comienzos de la lucha!... ¡Y esto se permite en Madrid! Estoy seguro de que V. E. no ha parado mientes en ello... Si no, ¿cómo iba á tolerarlo?

¡Por caridad—¿qué por caridad?—por justicia, que no continúe esa explotación! V. E. puede contribuir á evitarla; nosotros, los que para el teatro escribimos, podemos ayudarle mucho también.

Yo, de mi parte, le aseguro una cosa:

Esa compañía piensa representar mi obra *Juan José*. Piensa mal; con esta fecha escri-

bo á mis editores para que le prohiban representarla.

Juan José y mis otras comedias son mi caudal único; pero, francamente, dinero así ganado me repugna.

No quiero lucrarme con la niñez; no quiero ser cómplice en ese delito de lesa infancia.

